

HISTORIA Y PROYECTO

El caso de Cartagena de Indias



El deterioro de los centros históricos en América Latina desde hace unos años ha dejado de ser una preocupación de unos pocos para convertirse en un problema de todos, como lo confirma el reconocimiento de algunos de ellos como Patrimonio Mundial. Se trata de una *preocupación* que flota de forma desigual según los ambientes, objeto de especial atención cada vez más en centros universitarios —escuelas de arquitectura en particular— e interiorizada incluso en muchos despachos municipales, pero que, desgraciadamente, día a día se nos presenta más como *ilusión* que como realidad capaz de transformar la ciudad, por no constituir objeto de deseo del capital en general ni de la clase acomodada en particular —salvo algunas familias egregias y algún escritor importante—. Los centros se viven como un mal menor o como lugares de resistencia de las gentes más desfavorecidas, pero en ningún caso bajo ninguna perspectiva de futuro.

DR. JUAN LUIS PIÑÓN ■
UNIVERSIDAD POLITÉCNICA
DE VALENCIA.

Todo ello nos hace pensar que estamos ante una historia diferente. Una historia que arranca de una preocupación cultural influida por Europa y muy al margen de los circuitos económicos. Tanto su relativa presencia en el conjunto de la ciudad, como el volumen económico que pueden mover, nos hablan de una realidad más emotiva que de otra cosa —recuperación de la historia y de unas señas de identidad conscientemente olvidadas hace muchas décadas—, fraguada en los foros internacionales de poder —Banco Mundial, Forum Unesco, ...— y en la que la propia ciudad sólo puede asumir el papel de espectador, el espectador si se quiere más privilegiado.

Los centros históricos coloniales se vacían y se llenan de nuevo, pero la tozudez de la historia se empeña en mantener vivos esos episodios urbanos aparentemente heridos de muerte.

El entendimiento del fenómeno de la renovación de los centros históricos arranca con la modernización de la ciudad que viene de manos de un capital foráneo cuyos gestos —construcciones arquitectónicas— sólo pretenden tender lazos —simbólicos— con las respectivas metrópolis. Los edificios en altura ocupan las áreas privilegiadas de la ciudad, las más centrales, modifican el panorama urbano y provocan una subversión del paisaje, modificando la ciudad existente. Los centros históricos coloniales se vacían y se llenan de nuevo. Otras gentes. Otros modos de vida, otras necesidades.

Redistribución —de los alojamientos—. Subdivisión —de las piezas habitables—. Deterioro, abandono.

Pero la tozudez de la historia se empeña en mantener vivos esos episodios urbanos aparentemente heridos de muerte.

Unos episodios que nos remiten a diagnósticos particulares y a soluciones diversas —como la que se vislumbra para centros tan dispares como el de Lima, el de Bogotá, el de Medellín o el de Cartagena de Indias—, y exigen unos acuerdos teóricos previos antes de poder discurrir en términos de futuro.

Como inicio debemos distinguir dos ámbitos urbanos históricos: uno, circunscrito a la *ciudad colonial*, cuyas señas de identidad —arquitectónicas (tipológicas) y urbanísticas (morfológicas)— se ajustan a un modelo preciso —a pesar de la diversidad de sus desarrollos— y conjugan sin fisura la regularidad de sus trazados —originales— con una arquitectura y parcelación concreta, estableciendo un sistema de relaciones no menos preciso que adquiere su máximo esplendor en la plaza Mayor, y en los edificios de carácter administrativo y religioso que la suelen conformar. Y otro que se corresponde con las áreas de crecimiento que se ha convenido en llamar *ciudad liberal*; es decir, la ciudad construida a partir de la independencia de las naciones, y que empieza a tomar cuerpo en la segunda mitad del diecinueve y perdura a lo largo de las primeras décadas del siglo veinte, hasta que hace su aparición la ciudad contemporánea. Ciudad prolífica cuyo paradigma arquitectónico se diluye en un eclecticismo exuberante y cuyo referente morfológico lo halla en la proyección de la potente cuadrícula de la ciudad anterior —antecedente genético del crecimiento urbano— y en la alineación de la calle como elemento primario de la nueva organización urbana.

Ambas ciudades discurren por cauces particulares y poseen una existencia independiente. Pero del mismo modo que la ciudad colonial, tanto por sus reducidas dimensiones como por su larga duración podemos afirmar que se concluyó —pese a haber tenido que soportar todo tipo de reedificaciones—, la ciudad liberal, en la mayoría de la ciudades, sólo ha sido objeto de historias frustradas y entrecruzadas, sin final aparente, lo que le confiere ese aspecto fragmentario típico de lo inacabado. La ciudad suma de fragmentos apócrifos que tienden a confundir las calles con las casas y los barrios con las calles. Fragmentos sin orden aparente o con órdenes sólo reconocibles en las huellas de los proyectos urbanos de otrora; fragmentos insinuantes, referentes de historias inconclusas; vanidosos, nacidos con vocación de poder y asfixiados en la más pura soledad de su indigencia. Ahora bien, detrás de ambas realidades se esconden otras, portadoras de nuevas historias —más o menos verosímiles— que han sido las encargadas de proyectar hasta el presente las cautelas del pasado; lo que nos lleva a valorar la ciudad colonial, no sólo por su valor intrínseco, sino también por la fragilidad de su estructura, cada vez más amenazada y en precario por la misma dinámica urbana.

La ciudad no siempre se mueve en la misma dirección, ni lo hace con la misma intensidad. La consideración sobre sus partes cambia con el tiempo, con un tiempo moldeado por una ideología que trata de preservar los valores culturales sin renunciar a los materiales y económicos, que trata de compaginar la *representación* con la *historia*, y en ocasiones pretende calibrar la cuota de plusvalía histórica⁽¹⁾ que puede ofrecer la propia ciudad, lo que sitúa a los centros históricos en una posición de equilibrio inestable y en todos los casos dependiente de ese mercado difuso, auspiciado por la coyuntura que atraviesa la propia ciudad y cuyos principales agentes de cambio pertenecen al mundo institucional, al mundo de la política y de la economía.

Una vez inscritos los centros históricos en este nuevo sistema urbano de relaciones las cosas cambian. Aparece una suerte de privatización de una parte de la ciudad cuya lógica de desarrollo no tiene el porqué coincidir ni con su razón histórica, ni con su proyección social —heredada—, ni con ningún

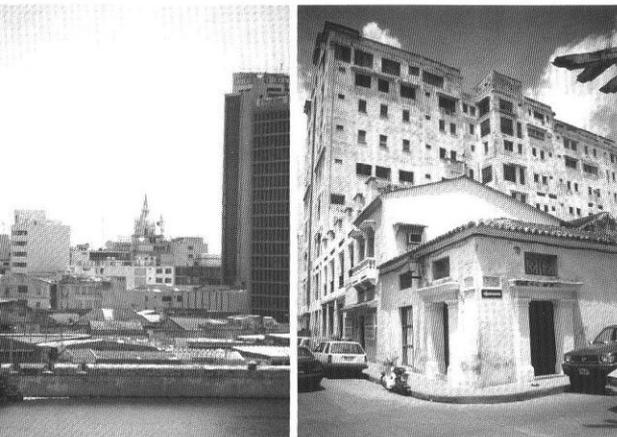


Ilustración 1
Presencia de la edificación en altura en el centro histórico de la ciudad, fenómeno que se remonta varias décadas.
Fotografía del autor.

Ilustración 2
Cartagena de Indias. Plano de la ciudad y sus inmediaciones, por don Juan Bautista Mac Evan, 1774. Enrique Marco Dorta. Reproducido en *Las fortificaciones de Cartagena de Indias*. Rodolfo Segovia, 1992.

papel estructurante. Pero en este juego de relaciones la ciudad histórica ofrece distintas caras, dependientes de la intensidad con la que han presionado las circunstancias en las distintas etapas de su conformación. Por ello, en la actualidad resulta difícil encontrar un centro en estado químicamente puro. La historia ha pesado sobre ellos como una gran losa y ha ido socavando sus cimientos creando y recreando una nueva arquitectura ajustada a los nuevos tiempos: ora representativa, ora doméstica; modificando el tejido que la vio nacer y subvirtiendo las relaciones en las que se desarrolló. En este contexto, hablar de restauración, rehabilitación o simplemente de *renovación*, plantea problemas adicionales derivados de la falta de perspectiva o de una visión de conjunto. Una carencia que se traduce en una pérdida de eficacia y que se perfila inversamente proporcional a la disponibilidad de recursos —económicos—. En este sentido, a los problemas técnicos hay que añadirles otros de índole estratégica, extra-arquitectónicos, cuya presencia puede ser determinante. Se trata, pues, de sobrepasar los límites y situarnos en un estadio anterior y entrar de lleno en la valoración de las partes —arquitectónicas o urbanas—; labor que exige una apertura a lo múltiple y la incorporación de variables como la ciudad entendida como un todo. No se puede continuar aislando los problemas sometiéndolos a un proceso de extrañamiento, recubriéndolos con falsas urnas de cristal y

desvirtuando su naturaleza. La historia es pródiga en ejemplos en los que el fracaso o el éxito de las intervenciones ha dependido más del contexto, de la valoración contextual del objeto que del propio objeto; lo que, no obstante, no debe confundirnos, ni arrojarnos en los brazos de un “contextualismo” pragmático, extradisciplinar y acrítico. Un ejemplo puede ayudarnos a discernir con precisión lo que acabamos de esbozar, un ejemplo —límite— de ciudad histórica en el que la complejidad del mundo actual y su historia le confieren cierto estatuto de privilegio en el contexto latinoamericano: Cartagena de Indias. En efecto, mucho antes de que Cartagena de Indias fuese declarada Patrimonio Mundial de la UNESCO en 1984, Enrique Marco Dorta,⁽²⁾ con una lucidez premonitrice, entrevió el problema de adecuación de los centros históricos a los tiempos modernos al advertir allá en los años cuarenta que “la construcción de grandes bloques de oficinas o viviendas dentro del recinto amurallado constituye un grave atentado a la fisonomía de la ciudad, que altera además, su escala de altura. Evitar que estos hechos se repitan no equivale en modo alguno a convertir la ciudad en un ente anquilosado, en una venerable reliquia que sólo sirve para pieza de estudio de eruditos y objeto de admiración temática. La conservación del núcleo de intramuros es perfectamente compatible con el progreso urbano”. Cartagena siempre fue una perfecta

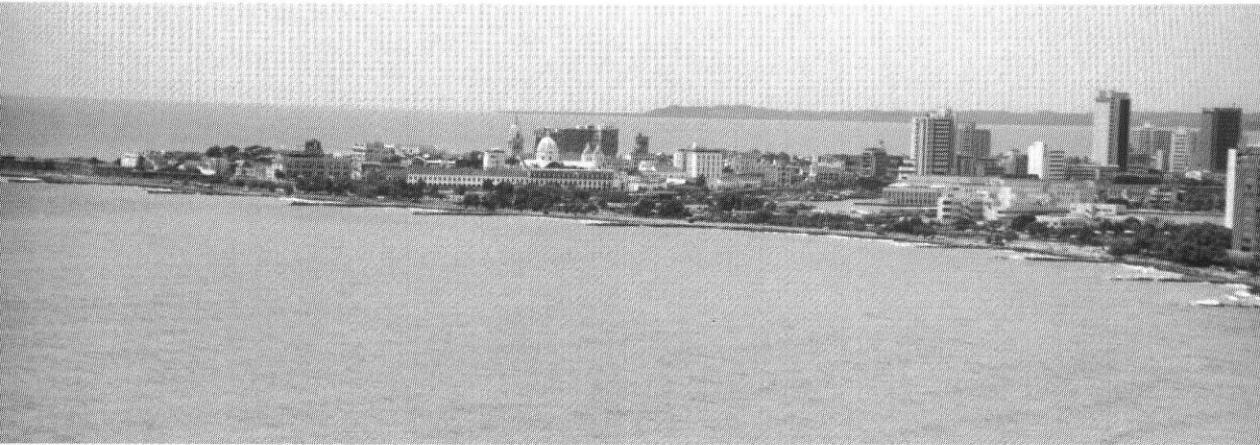


Ilustración 3
Bocagrande y la ciudad histórica
Fotografía del autor.

de Indias

candidata a convertirse en reliquia y como tal a desaparecer. La rivalidad entre los intereses económicos —tras la apertura del canal de Panamá— y patrimoniales —fortificaciones y ciudad antigua— dejará la ciudad en una difícil situación, la misma que apelará al sentido común y alertará sobre los perjuicios que ocasionan las insistentes demoliciones y reedificaciones practicadas entonces. La respuesta no tardará en llegar, vendrá de la mano de la Ley 5a que en 1940 fijará su atención en el control de las construcciones y demoliciones en el recinto amurallado. Más tarde será declarada, según la Ley 163 de 1959, Monumento Nacional.⁽³⁾ Pero mientras se sucedía la legislación anterior, la ciudad era agredida sin piedad por la acción combinada del derribo de murallas, por un lado, y la construcción de edificios en altura, por el otro [Ilust. 1]; edificando donde antes había las murallas y rellenando la antigua ciénaga del ahorcado, dando origen a La Matuna, entre San Diego y Getsemaní. Un auténtico enclave arquitectónico que, si bien acoge algún edificio moderno de cierta calidad, en su conjunto constituye un atentado de primera magnitud a la ciudad al quebrar su silueta en todos los sentidos y direcciones. Los problemas crecen y la ciudad se agota en su indefensión. La restauración concreta de algún edificio no hace más que destapar la crisis que la asiste. Se impone en consecuencia una reflexión con tres frentes distintos: uno, derivado del

carácter histórico de la ciudad, al ser Cartagena una de esas pocas ciudades latinoamericanas cuya naturaleza histórica permite profundizar en los pormenores de la intervención en sus centros. Se trata de una ciudad en cuya historia están presentes todas sus manifestaciones arquitectónicas, bien sean de carácter defensivo —fortificaciones—, [Ilust. 2] doméstico —edificios de viviendas—, civil —casa del Cabildo, casas reales, Tribunal del Santo Oficio...—, religioso —Iglesia y Convento de Santo Domingo, San Francisco,...—, o de cualquier otro tipo. Dos, proveniente de su inclusión en la Lista del Patrimonio Mundial en la medida que puede volverse en contra y convertirse en una “amenaza” si no se sabe instrumentar su catalogación convenientemente. Sobre todo si —como intuye Marco Dorta— no se crean las condiciones que pueden compatibilizar su *ser* ciudad histórica con su *ser* ciudad actual. O lo que es lo mismo, si no se es capaz de conciliar pasado y presente o pasado y futuro. Y tres, procedente de la incorporación de una nueva variable: el turismo, que si bien hasta ahora, con una actitud depredadora, sólo ha sido capaz de destruir una parte importante de su costa —no hay más que observar la desmedida reedificación de Boca Grande— [Ilust. 3], puede en el futuro ejercer una influencia positiva en el desarrollo de la ciudad amurallada como se ha comprobado en algunas rehabilitaciones recientes. Del cruce de estas realidades se desprenden otras tantas



Ilustración 4
Edificación en el barrio de El Cabrero. *Guía
Cartagena de Indias. Colcultura, 1993.*



Ilustración 5
Arquitectura del eclecticismo.
Guía Cartagena...

actitudes básicas frente al centro histórico; actitudes que si bien son susceptibles de desarrollarse autónomamente despliegan toda su potencialidad cuando actúan conjuntamente, es decir, cuando se refuerzan actuando en una misma dirección. En primer lugar, cabe referirse al estado de salud de la ciudad, lo que conduce indefectiblemente a la valoración, por un lado, de la situación de deterioro del patrimonio arquitectónico — por áreas, calles y edificios—, estableciendo un balance crítico de su transformabilidad; y, por el otro, de los elementos de estructura que sueldan las distintas partes de la ciudad entendida como totalidad.

Cartagena opera desde muy temprano la transformación de las casas de bahareque⁽⁴⁾ y techo de palma de su fundación por las de una construcción con paredes de tapia pisada y comprimida en formaletas de guadua o usando el adobe y el ladrillo de barro endurecido al sol, colocado en hileras alternadas y cruzadas, e incluso de cantería, y teja de barro según las recomendaciones de una ordenanza que se remonta a 1555. Este hecho será el responsable de la persistencia de las huellas de una gran parte de la arquitectura doméstica original. Desarrollada en torno de un patio, doble crujía a fachada y escalera en segunda, de una o dos plantas, la vivienda será la célula básica con la que se construirá la manzana tipo. Ahora bien, las vicisitudes sufridas a lo largo de los siglos harán que estas casas tipo sufran pequeñas

alteraciones en su imparable proceso de deterioro. La consolidación de barrios extramuros como El Cabrero [Ilust. 4], Manga o Pie de La Popa, marcará el declive del centro que quedará a partir de finales del siglo pasado a merced de quienes estén dispuestos a compartir lo que sea. La estructura de la vivienda se subvierte, unas partes de la casa se convierten en precarios almacenes de los no menos precarios negocios que se agolpan en las plantas bajas. Las habitaciones se convierten en viviendas y los patios en microcosmos urbanos compartidos y alejados de unas calles que, sin perder el carácter de antaño, envejecen con la dignidad que les confiere las potentes estructuras de madera de las fachadas. Pero, esa imagen unitaria de la ciudad formada a partir de la calle se verá en ocasiones perturbada por una nueva arquitectura desarrollada a partir de los mismos supuestos eclécticos [Ilust. 5] que adornaron las casas de la periferia cartagenera a principios de siglo. Arquitectura que si bien en otros contextos asumió dócilmente su papel de escenario, en Cartagena se convirtió en protagonista de una modernización imposible. Otra cosa será la arquitectura civil que en su pretensión de identificar los valores sociales del momento sufrirá sus avatares del cambio, soportando una y mil reformas que la distanciaran de lo que fue, negándole lo que pretendió ser. En segundo lugar, y a la vista de la situación actual de la ciudad —haber sido incluida en la lista del Patrimonio Mun-

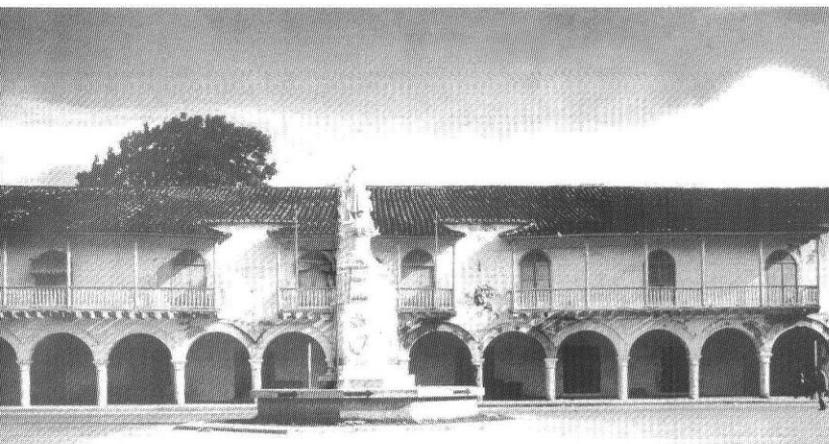


Ilustración 6
Alcaldía de Cartagena de Indias.
Guía Cartagena...

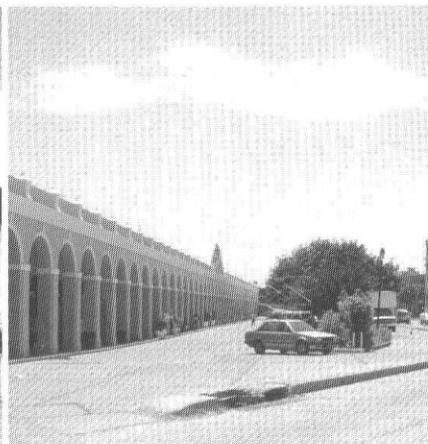


Ilustración 7
Cuartel de las Bóvedas.
Fotografía del autor.

dial—, debería contemplarse la posibilidad de inscribir cualquier intervención en un programa, formar parte de una estrategia de intervención conjunta perfilada sobre la idea de recuperar la ciudad histórica desde su propio soporte. Una cosa está clara y es que la ciudad como consecuencia de su desarrollo económico está cambiando. No puede regresar al pasado. Lo que tampoco es fácil es saber adónde va. Su dinámica nos muestra una clara tendencia renovadora, pero lo que no nos muestra son sus límites naturales; porque si bien es cierto que la ciudad histórica puede desarrollar sin demasiadas cortapisas una vocación terciaria —de base turística—, su estructura puede oponer cierta resistencia desde el punto de vista de su composición material, es decir, desde la configuración patrimonial.

Lo que nos conduce al centro de uno de los problemas más importantes de la intervención en las ciudades históricas: la intercambiabilidad de usos de los edificios, algo de lo que Cartagena es conocedora por la forma en que ha sido reconducida a lo largo de la historia. En efecto, Cartagena desde su independencia ha renacido de sus mismas cenizas. La calidad de su arquitectura ha permitido que sus edificios principales se mantengan sin alterar sus características básicas, destacando la permanencia de la Casa de la Inquisición como Academia de la Historia, Museo Histórico y Archivo Histórico; la antigua Casa del Cabildo como sede del gobierno

departamental; la antigua Casa de la Aduana como Alcaldía de Cartagena de Indias [Ilust. 6]; el antiguo Almacén de Galeras como Museo de arte Moderno; el antiguo Convento de San Diego como Escuela de Bellas Artes o el Cuartel de las Bóvedas [Ilust. 7] como edificio comercial.

Ejemplos a los que cabe añadir otros como la reedificación del teatro Heredia, en 1911, sobre las ruinas de la Iglesia de la Merced o la reutilización del claustro de la Merced, remodelado en 1923, como sede de la Universidad Jorge Tadeo Lozano o el aprovechamiento de la antigua Iglesia y Convento de San Agustín como sede de la Universidad de Cartagena.

Hoy las cosas parecen discurrir por los mismos derroteros como se desprende de la experiencia llevada cabo en el convento de Santa Clara. Pero, si hasta ahora los cambios de uso se mantenían en la esfera institucional con la experiencia de Santa Clara [Ilust. 8 y 9], parece abrirse una nueva etapa más acorde con los nuevos tiempos. Las soluciones históricas pierden significado: cada vez quedan menos conventos que rehabilitar o iglesias que transformar.

Sin embargo, todavía queda por explorar el potencial transformador de la arquitectura doméstica en el conjunto de la ciudad al definir sus rasgos más característicos; lo que no es una casualidad, al contrario: su extrema *compacidad* se deriva de su carácter netamente defensivo. La ciudad sufre una evolución atípica en la que la división social del espacio se ve circunscrita



Ilustración 8
Rehabilitación del Claustro de Santa Clara.
Fotografía del autor.

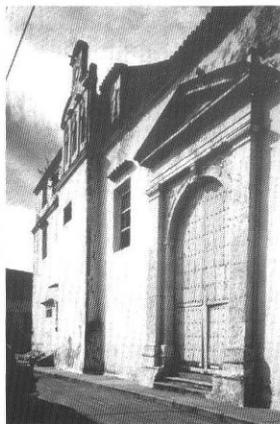


Ilustración 9
Iglesia de Santa Clara
Guía Cartagena...



Ilustración 10
Pórtico de los dulces.
Fotografía del autor.

Cartagena

a la calle más que al barrio —al menos hasta que la población empieza a ocupar Getsemaní—, algo reconocido en los anales de la historia cuando se hablaba de sus “calles derechas, anchas, con buena proporción y empedradas; las casas bien fabricadas, con alto, en la mayor parte”.⁽⁵⁾ El hecho de que el proceso de transformación de la morfología predial, aun ajustándose a los modos de subdivisión parcelaria, respetara las características de la calle y de la unidad de sus fachadas, dominando su composición exterior por encima de su fragmentación interior, da muestra de la firmeza del asentamiento. La elasticidad de la tipología cartagenera permite acoger desde la unidad familiar hasta la forma más pulverizada de la sociedad urbana, quedando el patio como testigo de excepción de la historia del ciclo reproductivo. El progresivo sometimiento del *entorno* a la actividad comercial —correlativa al crecimiento demográfico del siglo XVIII— modificará algunos planteamientos distributivos de las casas hasta que aparecen los *soportales* como lugares específicos de intercambio (pórtico de los dulces) [Ilust. 10], artífices de un nuevo modo de apropiación del espacio público urbano y legitimadores, en última instancia, de un comercio informal que se extiende, no sólo por las plantas bajas y soportales, sino también por la calle. Ahora bien, en ese proceso de acoplamiento de la ciudad a los nuevos usos observamos cierto menosprecio de la arquitectura debido principalmente a la pobreza de sus ocupantes. Los

edificios se someten a las más variopintas intervenciones con el objeto de ocultar los vestigios de un pasado que prefieren olvidar, sin conseguir los estándares que la modernidad ofrece. Las fortificaciones, por su lado, constituyen el correlato de las venturas y desventuras de la ciudad al obligarla a comportarse de forma diferente del resto de las ciudades colombianas al forzar su vocación con la revalidación de la historia como acicate turístico. El programa de recuperación y restauración de fortificaciones como las de Tierrabomba en Bocachica [Ilust. 11] o el cuidado de las murallas que protegen la ciudad dan muestra de ello. Monumentos que sin poseer un valor específico más allá del histórico-ambiental, representan a la ciudad. Su potencial turístico concede a Cartagena una entidad que no tendría en otro caso y que debería compartir con ciudades como Barranquilla o Santa Marta, lo que la coloca en una situación de privilegio inigualable. En tercer lugar, habría que perfilar los tipos de intervención que más se ajustan a las necesidades de la ciudad considerando, por un lado, sus particularidades arquitectónicas y urbanísticas y, por el otro, las exigencias de orden económico relativas a la decantación de su actividad hacia el turismo. Desde esta perspectiva se impone un estudio pormenorizado del patrimonio para, a partir de él, definir unas líneas de acción susceptibles de compatibilizar la faceta *restauradora* —devolver la juventud a los edificios deteriorados por la

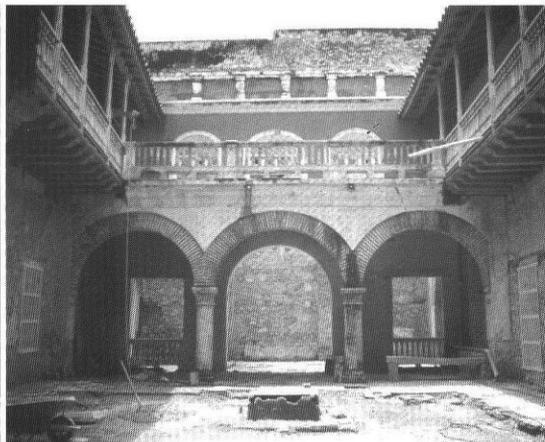
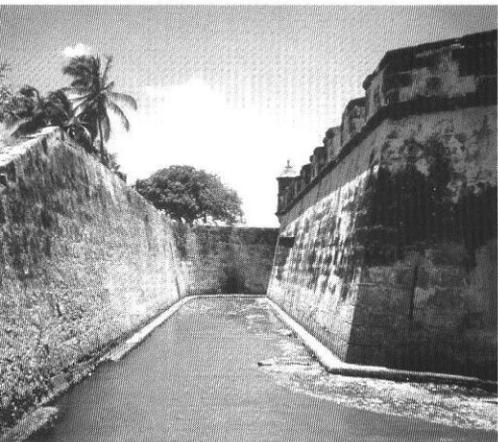


Ilustración 11
Fortificación Bocachica.
Fotografía del autor.

Ilustración 12.
Casa en restauración.
Fotografía del autor.

Ilustración 13.
Casa en restauración.
Fotografía del autor.

edad— con la acción *rehabilitadora* —devolver el uso o anticipar un nuevo uso a los edificios restaurados. Cartagena se encuentra en una fase de recuperación de su patrimonio arquitectónico. Una fase de reconocimiento y valoración de sus monumentos, de ratificación de su identidad. Pero los problemas urbanos no acaban en su correcta formulación y menos aún los que implican a la construcción material de la ciudad por lo elevado de sus costes; aspectos en principio teóricos pero que luego se inmiscuyen subrepticamente en la práctica de la reforma urbana de una forma sustancial al insistir en el dilema anterior: simplemente restaurar o restaurar rehabilitando.

Desde la perspectiva purista de la *ciudad reliquia* o *ciudad museo*, al decir de Marco Dorta, la ciudad ofrece el interés de poseer una amplia abanico de tipos de monumentos. Hasta difuminar los límites entre la arquitectura y la ciudad. La calidad de sus casas sólo se ve ensombrecida por su abundancia y repetición. En este marco la *restauración* se convierte en una práctica dependiente de las políticas de subvenciones de los organismos institucionales y los problemas se concretan en la exégesis de lo construido; en un proceso reflexivo sobre las variantes constructivas que han conducido a la arquitectura a su estado actual. No obstante, y pese a todo, la restauración continúa presentando lagunas documentales lo que invoca a una especie de hermenéutica histórico-constructi-

va que, si bien en algunos casos puede pecar de excesiva, en general, presenta aspectos didácticos, como se puede comprobar en muchas de las restauraciones que se practican en las casas principales de la ciudad.

Asumiendo la historia como un valor, los nuevos ricos colombianos se lanzan a la aventura de la restauración de las casas cartageneras restituyendo al origen sus partes, valorando por igual las distintas fases de su re-construcción y con resultados más o menos verosímiles [Ilust. 12-13]. Pero, en cualquier caso, se trata de una práctica positiva en la medida que ratifica, aunque de forma tamizada, el valor patrimonial de la ciudad. Desde el punto de vista urbano las expectativas abiertas por este tipo de actuaciones ofrecen los siguientes rasgos: por un lado, dado su elevado coste económico se restringen a una parte de la ciudad, la mejor generalmente; y, por otro lado, su proyección pública apenas se diferencia de otro tipo de actuaciones más livianas, de simple maquillaje. La ciudad refuerza su *valor simbólico* desde el espacio público [Ilust. 14] aunque la privatización de su interior se convierte en un factor disuasorio para el viajero ávido de historia desde el momento que acepta la hipótesis de la *ciudad museo*. El extremo opuesto del espectro lo ocupa la *rehabilitación*, con ejemplos tan relevantes como la conversión del antiguo convento de Santa Clara en hotel de lujo. Una rehabilitación típica de un convento maltratado por la historia y el mar,



Ilustración 14.
Pasaje antes y después de su restauración.
Fotografía del autor.



recuperado como hospital en el siglo XVIII, con un claustro con doble arquería de medio punto sobre columnas y una modesta iglesia comunicada con el mismo a través de una portada renacentista.

Los parámetros de la rehabilitación lo constituyen: el claustro, la iglesia y las fachadas de las alas construidas cuando se reedificó como hospital. La técnica de intervención es múltiple y se adapta a las circunstancias arquitectónicas de las preexistencias: respeto de las arquería y del claustro, iglesia y fachadas. A partir de estos elementos se construye un lujoso hotel con los dos únicos compromisos de integrar el claustro y la iglesia en la estructura funcional del hotel y de mantener las fachadas decimonónicas. El nuevo edificio, influido por la naturaleza de la intervención, compagina el carácter superestructural del edificio original con el nuevo uso, es decir, combina las fachadas del XIX con las nuevas alas de habitaciones; lo que lleva al arquitecto a usar de la argucia de separar la fachada del cuerpo de edificio [Ilust. 15] aprovechando la orientación de las habitaciones a un espacio —gran patio— interior. De este modo se resuelve la incompatibilidad entre la altura de los techos del edificio actual y los del edificio hospitalario.

Como consecuencia se recupera parte de la historia rehabilitando un nuevo edificio, respetuoso con el espacio público a partir de las fachadas y la sustitución parcial de algunos de

sus elementos de cubierta y ventanas. La historia y el nuevo perfil social de Cartagena se dan la mano, aunque con guante de seda.

Las intervenciones se suceden con mayor o menor rigor. Su importancia no siempre depende de la calidad técnica de la restauración. Del mismo modo que restauraciones exquisitas, auténticas recreaciones del pasado se ocultan tras férras fachadas, hay otros ejemplos de cómo el refuerzo de una estructura, la sustitución de un forjado y la pintura de una fachada y poco más, en un edificio estratégico descubre todas las bondades y posibilidades urbanas de la restauración. Es más, en algunos casos el papel ejemplificador de algunas intervenciones puede ayudar más a la regeneración de una ciudad latinoamericana que el ensayo o puesta en escena de cualquier teoría aprendida en otros contextos. Sólo el contacto con la realidad —constructiva, social y económica— puede orientar correctamente las pautas restauradoras de una ciudad histórica como Cartagena.

Otra cosa es la restauración y mantenimiento de sus fortificaciones urbanas o, incluso, periurbanas como la de Bocachica [Ilust. 16]. Su carácter testimonial refuerza la mitología de la ciudad cerrando el ciclo histórico, poniendo al descubierto sus raíces, subrayando epopeyas, sancionando relatos y confirmando estrategias. La restauración ofrece su cara más genuina al desaparecer los compromisos derivados



Ilustración 15.
Rehabilitación Santa Clara.
Fotografía del autor.



Ilustración 16.
Restauración murallas en Bocachica.
Fotografía del autor.

El caso de Cartagena de Indias

de su inserción en el complejo urbano; es decir, los derivados de la funcionalidad, transformabilidad y uso de la edificación, del valor económico añadido de la intervención, del modo en el que se puede ver afectada la estructura urbana con la incorporación de un nuevo elemento arquitectónico, etcétera. La autonomía del objeto, sin embargo, sólo se ve limitada por la ideología subyacente del restaurador, puesta de manifiesto en la técnica de intervención. En este caso, Cartagena ha apostado por la recomposición de sus partes siempre que se han podido recuperar, previa restitución de la forma. Los fuertes aparecen tal cual fueron, mostrando los vestigios sobre una estructura ajustada al original.

Los problemas de los centros históricos crecen a medida que penetramos en sus secretos. La consolidación de las disciplinas de intervención arquitectónica fuerza su estudio. Las técnicas se complican y los resultados son susceptibles de mejora. La visión de los problemas se amplía y aparecen soluciones allí donde sólo había incertidumbre. Del mismo modo que el siglo XIX: inventó las galerías comerciales, valorando espacios hasta entonces abandonados, saneando la ciudad, limpiando los interiores de las manzanas, creando una ciudad nueva sobre la vieja y todo ello sin alterar los cimientos sobre los que se iba construyendo; Cartagena podría, partiendo de supuestos equivalentes y aprovechando las técnicas de intervención actuales regenerar su centro,

redefiniendo una nueva tipología de uso de su patrimonio sin alterar por ello su arquitectura actual, evitando los inevitables conflictos derivados de la acción individualizada que, paradójicamente, exige un mayor intervencionismo y redunda en una menor eficacia. La ciudad podría al fin compatibilizar la conservación del núcleo intramuros con el progreso urbano tal como se entrevió allá en los años cuarenta, lo que exigiría a su vez el reconocimiento expreso de su historia, de sus límites y de su potencial como pauta y guía del proyecto. ■

Notas

- Partimos de una concepción mercantilista de la cultura con valor de uso y valor de cambio.
- La cita aparece en Gutiérrez, Ramón: *Arquitectura y Urbanismo en Iberoamérica*, Ediciones Cátedra, S.A. Madrid, 1984, p. 310.
- Una breve aunque interesante guía de la ciudad con reseña de éste y otros datos la tenemos en: *Cartagena de Indias*, Instituto Colombiano de Cultura, COLCULTURA, Bogotá, 1993.
- La construcción de los muros en la Costa se basa en el sistema de "vara parada", el cual parte de una estructura independiente a la que se adosa un cerramiento en varas que posteriormente se "embarra" y se decora. En las regiones del río Magdalena, el bahareque se construye de manera más convencional con el entramado de varas y el relleno de barro y piedra. Fonseca Martínez, Lorenzo y Saldarriaga Roa, Alberto: *Arquitectura popular en Colombia herencia y tradiciones*. Altamira Ediciones, Santafé de Bogotá, 1992, p. 102.
- Apreciación referida a dos viajeros españoles que llegan a Cartagena en 1735. Permanecen un tiempo en la ciudad, recorren la región y luego escriben una relación de sus andanzas y observaciones. Citado por Aprile-Gniset, Jacques: *La Ciudad Colombiana Prehispánica, de conquista e indiana*. Biblioteca Banco Popular, Bogotá, 1991, p. 357